

Mitos mortales

Farid Kahhat

183

1. Los mitos históricos

Desde la perspectiva de la historiografía académica, el estudio de las narrativas nacionales se parece más al recuento antropológico de mitos fundacionales que al oficio propio de un historiador. No solo por lo que, en sentido estricto, hay de mítico dentro de ellas (como aquel prócer nacional de algún país de Europa del este, cuya presencia entre los mortales no consta en ninguna fuente historiográfica según Eric Hobsbawm), sino además porque, insertos en la trama de narrativas nacionales contrapuestas, los mismos hechos adquieren significados diametralmente opuestos entre sí. No existe duda, por ejemplo, sobre la identidad del sujeto que asesinó al heredero del trono austro-húngaro en Sarajevo en 1914. Tampoco cabe duda alguna sobre la relevancia histórica de aquel magnicidio. Sin embargo, mientras en los libros de historia serbios aquel individuo es considerado un romántico y un patriota, los libros de historia croatas lo describen como un psicópata febril, aquejado de un fanatismo homicida.

Sin embargo existen hechos que, al menos hoy en día, no suelen admitir sino una interpretación unívoca, incompatible con la trama narrativa a través de la cual ciertos pueblos se cuentan su propia historia. Por ejemplo, no hay modo verosímil de que los

turcos puedan justificar ante sí mismos el haber provocado en forma deliberada la muerte de un millón y medio de armenios indefensos tras la Primera Guerra Mundial. Ante la imposibilidad de incorporar esos hechos, solo queda expurgarlos de la propia narrativa, negándoles cualquier pretensión de veracidad cuando uno se tropieza con ellos.

Pero, cuando los hechos de esa índole se acumulan, en su pretensión de prescindir de todo aquello que las cuestiona, las narrativas nacionales terminan por crear una realidad alterna, ajena a la evidencia historiográfica: ese es el caso de la historia nacional de Israel. Tal vez el primer mito nacional de Israel es la pretensión de que el proyecto sionista de crear un Estado judío en Palestina no implicaba necesariamente la negación de los derechos de la población nativa. Ante esa afirmación, el sentido común sugiere una pregunta obvia: ¿cómo era posible crear un Estado judío en un territorio en el que el 70% de los habitantes eran palestinos, cuya lengua era el árabe y no el hebreo y cuya religión era el Islam o el cristianismo mas no el judaísmo, sin vulnerar los derechos políticos de esa inmensa mayoría que no veía con agrado esa perspectiva? Para corroborar la presunción de que la preservación de los derechos de esa mayoría no perturbaba el sueño de los dirigentes sionistas, uno podría remitirse al arrogante desdén con el que muchos de ellos, desde su fundador Teodoro Herzl en adelante, se referían a aquellos palestinos que, de modo *accidental*, poblaban el territorio que, según ellos, les pertenecía por derecho divino. Desdén que, por lo demás, era habitual en los imperios coloniales europeos dentro de los cuales se gestó el movimiento sionista.

184

Pero no se requiere ni de la apelación al pasado ni de un análisis de discurso para establecer si el Estado de Israel discrimina a los palestinos. Tampoco es necesario remitirse a los presuntos símbolos nacionales de Israel, como su bandera o su himno, que en realidad son símbolos judíos en un país donde también existen ciudadanos de origen palestino que profesan otras religiones. Basta con remitirse a sus propias leyes. Por ejemplo, la Ley del Retorno, que establece que cualquier judío en el mundo, independientemente de si su origen puede rastrearse al éxodo bíblico o si se convirtió en la víspera a su nueva religión, tiene el derecho a emigrar a Israel y adquirir la ciudadanía de ese Estado. Los ciudadanos israelíes de origen palestino, de otro lado, no pueden recibir la visita, siquiera como turistas, de sus parientes que marcharon al exilio durante la guerra de 1948 y que hasta entonces habían vivido en esas tierras durante siglos. De otro lado, el Estado de Israel ha confiscado *manu militari* desde 1948 terrenos y bienes raíces propiedad de palestinos (tanto ciudadanos de Israel como habitantes de los territorios ocupados de Cisjordania y Gaza), los cuales a partir de entonces pasan oficialmente a formar parte de *la tierra de Israel*, por lo que no pueden ser vendidos o siquiera alquilados a gentiles (léase *no judíos* o, para efectos prácticos, *palestinos*). Por último, Israel es el único Estado del planeta que se precia a la vez de ser democrático y de haber legalizado la tortura en interrogatorios judiciales (bajo el eufemismo de

que es lícito aplicar sobre los interrogados una «presión física moderada» para obtener su confesión, a la mejor usanza medieval). Si bien esa disposición fue derogada en 1999, según la organización de derechos humanos israelí B'Tselem la tortura sigue siendo una práctica regular de las fuerzas de seguridad israelíes. Y, aunque en este caso no se trataba formalmente de una ley con nombre propio, hasta donde se sabe, jamás fue aplicada contra un ciudadano israelí de religión judía.

Otro mito raigal de la historiografía oficial israelí es aquel según el cual los palestinos que marcharon al exilio en 1948 lo hicieron por propia voluntad, instigados por los líderes de los Estados árabes que participaron en la guerra de ese año. Aunque no siempre se hace explícito, el corolario de esa tesis es que esos refugiados (que representaban más de la mitad de la población palestina de la época) no tienen derecho a regresar a sus tierras y reclamar sus propiedades (o en su defecto, a ser compensados por las pérdidas que sufrieron, según reza una resolución de Naciones Unidas). El punto crucial aquí es que la causa por la cual los palestinos abandonaron sus propiedades y lugar de residencia en 1948 es absolutamente irrelevante para efectos de establecer su derecho a retornar y tomar posesión de ellos. Pero aunque el establecer la verdadera causa de aquel éxodo sea en realidad un asunto menor, no deja de ser ilustrativo del grado en el que la versión israelí de los hechos desafía el sentido de la realidad habitualmente asociado con la cordura.

185

Olvidemos por un momento la historia y apelemos al sentido común. Lo que Israel pretende hacernos creer es que cerca de 800 000 personas decidieron súbitamente abandonar sin motivo aparente una tierra cuyos ancestros habían habitado por más de un milenio (cuando menos) y en la que se encontraba su fuente cotidiana de sustento. A cambio de ello fueron a vivir a tierras lejanas, en un entorno extraño y hostil, bajo el único amparo de las carpas proporcionadas por organizaciones humanitarias, sin saber si tendrían qué comer al día siguiente.

Tal recuento de los acontecimientos además omite hechos que, para cualquier observador dotado de una inteligencia promedio, proporcionarían una explicación bastante más verosímil del éxodo, por ejemplo, que había una guerra en curso, que los palestinos estaban perdiendo esa guerra y que en el transcurso de la guerra se perpetraron contra los civiles palestinos masacres como la de Deir Yassin (documentada por el enviado de Naciones Unidas Folke Bernadotte y en la que murieron más de 200 personas). En ese contexto, justificar la expoliación de los refugiados es equivalente a justificar la confiscación de las propiedades de aquellos judíos que huyeron de Alemania tras la Noche de los Cristales Rotos, hito que marca el inicio de la fase más brutal de la persecución nazi en su contra.

Pero en términos estrictamente historiográficos, la explicación oficial israelí del éxodo palestino no resiste el menor análisis. En primer lugar, porque el éxodo palestino se inició meses antes de la presunta invocación radial que los líderes árabes habrían hecho

en favor de esa estampida como antesala de la incursión de sus tropas en mayo de 1948. En segundo lugar, porque la mentada invocación radial jamás existió, como prueba el estudio realizado por el historiador irlandés Erskine Childers,¹ quien hurgó por meses en los archivos radiofónicos tanto de estaciones de radio (desde estaciones locales hasta la BBC de Londres), como de agencias gubernamentales, sin hallar rastro alguno de ella (encontró más bien invocaciones para que los civiles palestinos permanecieran en su lugar de residencia). En tercer lugar, porque, como demuestra la evidencia documental recopilada por el historiador israelí Benny Morris,² existieron órdenes expresas durante el conflicto de expulsar a civiles palestinos que residían en determinadas zonas, así como informes posteriores de las propias fuerzas armadas israelíes que dan cuenta de los motivos del éxodo. Por último, porque, como documenta el mismo Morris, una vez producido el éxodo hubo una política deliberada de destrucción de cultivos y aldeas para que gran parte de los refugiados palestinos no tuviera lugar alguno al cual volver.

Mientras escribo estas líneas la sangre sigue corriendo en la región, la mayor parte de ella vertida por palestinos. Podría pensarse entonces que, ante los apremios del presente, remitirse a la historia resulta una digresión francamente trivial. Pero en realidad lo trivial es suponer que la historia no se hace carne en la mente y las entrañas de sus protagonistas, tendiendo así un manto ominoso sobre el presente. En mi opinión, una razón medular por la que la mayoría de los israelíes es incapaz de entender las motivaciones de los palestinos es porque, tras sumergirse en su propia versión de la historia, emergen de ella en un estado de gracia, fuera del alcance de cualquier reproche mundano. El más reciente entre estos reconfortantes mitos nacionales nos remite al tema de las negociaciones entre palestinos e israelíes y a la presunta negativa de los primeros a aceptar una propuesta israelí que les concedía la virtual totalidad de sus demandas.

186

2. Las negociaciones: de Madrid a Taba

2.1. La conferencia de Madrid y los acuerdos de Oslo

Hasta la década de los 80, el propósito manifiesto de sucesivos gobiernos israelíes en relación con los territorios palestinos ocupados era el de cambiar progresivamente su composición demográfica para, una vez establecida una significativa mayoría judía,

¹ Citado en HITCHENS, Christopher. «Broadcasts». En: SAID, Edward y Christopher Hitchens (eds.). *Blaming the Victims, Spurious Scholarship and the Palestinian Question*. Londres y Nueva York: Verso, 1988.

² MORRIS, Benny. *The Birth of the Palestinian Refugee Problem, 1947-1949*. Cambridge University Press, 1989.

proceder a anexarlos (como hicieron con Jerusalén y las alturas del Golán). La primera *Intifada* (rebelión popular palestina, iniciada en diciembre de 1987) hizo patente que la política de colonización israelí no podía continuar como si nada hubiera cambiado. Con la mediación de Rusia y los Estados Unidos y la participación como observadores de la Unión Europea y las Naciones Unidas, Israel acepta iniciar en 1991 negociaciones globales con sus vecinos árabes, incluyendo a los palestinos. Se inicia así la Conferencia de Madrid, en cuya convocatoria se menciona en forma explícita dos resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (la 242 y la 338), como el marco jurídico de las negociaciones.

Sin embargo las negociaciones pronto llegan a un punto muerto. Poco tiempo después, el entonces primer ministro israelí, Isaac Shamir, declararía que había concurrido a la Conferencia de Madrid con el objetivo de dilatar las negociaciones el mayor número de años posible, mientras continuaba con una política de hechos consumados en el terreno (es decir, de confiscación de tierras y construcción de asentamientos) hasta crear una situación políticamente irreversible.

Bajo un nuevo gobierno laborista en Israel, se inician paralelamente negociaciones secretas entre la OLP e Israel en la ciudad de Oslo. Estas negociaciones dan lugar a los denominados Acuerdos de Oslo, en los que se establece en forma transitoria la creación de un gobierno autónomo palestino en parte de los territorios ocupados (dando origen así a la Autoridad Nacional Palestina) y el inicio de negociaciones que deberían llevar a un acuerdo final en un período no mayor de cinco años.

Entre Madrid y Oslo se producen varios cambios significativos. Si bien los acuerdos de Oslo se basan en el principio de *tierras por paz* (es decir, la devolución por parte de Israel de los territorios que había capturado y ocupado por la fuerza desde 1967 a cambio de una paz definitiva), no hacen mención explícita a las resoluciones de Naciones Unidas. Además, a partir de entonces Estados Unidos, país que considera a Israel un aliado estratégico, pasa a ser el único mediador entre las partes. Por último, mientras en Madrid nos encontrábamos ante una conferencia regional, los acuerdos de Oslo solo involucraban a Israel y la OLP.

Es fácil entender por qué Israel acepta el cambio de escenario en las negociaciones, la pregunta es por qué lo aceptan los representantes palestinos. Parte de la explicación nos la brinda el nuevo entorno internacional: la desaparición de la Unión Soviética y el fin de la bipolaridad suponen un cambio dramático en el balance global de fuerzas, haciendo que el poderío estadounidense quede sin contrapeso alguno en los campos político y militar. Ello lleva a su vez a un cambio en las alianzas históricas de una parte significativa del mundo árabe. A lo anterior se suma que, tras la Guerra del Golfo en 1991, la asistencia financiera que los palestinos recibían de algunos países de la región (tanto de fuentes gubernamentales como por remesas de exiliados palestinos), se reducen significativamente. Si añadimos además los signos de agotamiento que mostraba la

Intifada palestina al entrar a su sexto año, podremos concluir que el poder de negociación de la OLP no se encontraba precisamente en su cota más elevada.

Pero la relativa debilidad política de los palestinos solo constituye parte de la explicación. Visto el proceso en retrospectiva, el liderazgo palestino parecía confiar en que las negociaciones, a través de un proceso gradual y acumulativo, llevarían a crear una atmósfera de confianza mutua entre las partes que permitiría a la vez desbrozar el camino en la búsqueda de una solución y aislar políticamente a quienes, en ambos bandos, se oponían al contenido de las negociaciones.

Lamentablemente esas previsiones no se concretaron. En primer lugar, porque desde un inicio se incumplieron todos los plazos acordados (por ejemplo, el último de los tres repliegues previstos de las tropas israelíes de territorios palestinos nunca se llevó a cabo). En aquel entonces el primer ministro israelí, Isaac Rabin, sostendría que ningún plazo era sagrado y que los retrasos por la parte israelí se debían a que la Autoridad Nacional Palestina no cumplía con los compromisos contraídos en materia de seguridad. Los palestinos por su parte afirmaban haber honrado en forma escrupulosa sus obligaciones e invocaban la presencia de observadores internacionales para que constataran *in situ* cuál de las partes no respetaba lo acordado.

188

Sin embargo, hasta el día de hoy Israel jamás aceptó una mediación internacional y siempre decidió en forma unilateral cuándo debía o no cumplir con lo pactado. Aquí las ambigüedades en los Acuerdos de Oslo revelaron su cariz político: cada vez que se producían interpretaciones encontradas sobre el contenido de los acuerdos, prevalecía la interpretación del más fuerte.

Además de los contratiempos en el proceso de negociación, este no llevó a una reducción de la violencia política. Cabría recordar aquí que poco después de la firma de los Acuerdos de Oslo se produce el primer y, hasta hoy, más mortífero de los atentados suicidas: el perpetrado por el colono judío de nacionalidad norteamericana Baruch Goldstein en la Tumba de los Patriarcas. A este se sumarían los atentados suicidas perpetrados por Hamas en 1994 y 1996 y el asesinato del primer ministro Isaac Rabin a manos de un extremista judío.

La violencia, a su vez, era el síntoma de una situación en los territorios ocupados que, lejos de mejorar, se deterioró dramáticamente: las zonas bajo autonomía palestina representaban apenas el 20% de los territorios ocupados, básicamente zonas urbanas sin continuidad territorial. En el resto de los territorios ocupados, las políticas habituales del Estado de Israel continuaron como si nada hubiese cambiado: la construcción de asentamientos, las confiscaciones de tierras, la demolición de viviendas, las torturas y los procesos sumarios ante tribunales militares sin garantías de debido proceso (to-

das prácticas ilegales según el Derecho Internacional)³ continuaron sin interrupción. Como si no fuese una contradicción flagrante negociar sobre la posesión de esos territorios y colonizarlos al mismo tiempo. De hecho, la construcción de asentamientos no solo no se detiene, sino que además se acelera después de la firma de los acuerdos de Oslo: según la organización israelí de defensa de los derechos humanos B'Tselem, entre los años 1993 y 2001 se establecieron más de 78 000 colonos en los asentamientos judíos de Cisjordania y Gaza (o cerca de 200 000, si contamos el incremento de la población judía en Jerusalén Oriental).

2.2. La cumbre de Camp David y las negociaciones de Taba

2.2.1. La conferencia de Camp David

Las circunstancias descritas no eran ciertamente las más propicias para convocar a una reunión que pretendiese llegar a una solución global y definitiva del conflicto. Pero, a punto de finalizar su segundo mandato, Bill Clinton estaba decidido a ser recordado como el artífice de la bonanza económica y la paz en el Medio Oriente y no como el presidente de la bonanza económica y el *affaire* Lewinsky. Convoca entonces en julio del año 2000 a Ehud Barak y Yasser Arafat a una reunión cumbre en Camp David, cuyo resultado es un fracaso estrepitoso.

189

A partir de entonces, una versión de parte (la del primer ministro israelí Ehud Barak) se convirtió en la verdad oficial recogida por la mayoría de medios de comunicación occidentales (en particular en los Estados Unidos). Según esta versión, los palestinos habrían recibido una «oferta generosa»⁴ de parte del Gobierno Israelí y la habrían desestimado sin motivo aparente. La propia frase nos da un indicio sobre la lógica que subyace a su enunciación, pues no se afirma que la oferta israelí fuese justa o que estuviese amparada en el Derecho Internacional, sino más bien que era «generosa». ¿Cómo sería generoso un Estado imperial que decide devolver a través de las negociaciones parte del territorio que conquistó a través de la guerra?

Una de las razones por las que Ehud Barak creía merecer crédito por su propuesta en Camp David es el hecho de que esta iba más lejos de lo que había ofrecido cualquier líder israelí en el pasado. Pero eso era de esperarse, dado que ninguno de sus prede-

³ Según el informe anual de Amnistía Internacional sobre el año de 1999: «Confesiones obtenidas mediante la tortura formaban con frecuencia la evidencia principal contra los detenidos. En agosto el gobierno militar redujo la edad a la cual los niños palestinos podían ser juzgados ante cortes militares y sometidos a penas de prisión, de 14 a 12 años». Amnesty International. *Report 2000*. Londres: 2000, p. 138.

⁴ AGHA, Hussein y Robert MALLEY. «Camp David: The Tragedy of Errors». *The New York Review of Books*, 9 de agosto del 2001.

cesores había encarado jamás una negociación para buscar una solución definitiva al conflicto con los palestinos. En cualquier caso, el criterio para evaluar las concesiones israelíes «no debía ser qué tanto se alejaban de su posición original, sino qué tanto se acercaban a una solución justa del problema».⁵ Al respecto, Barak alega que ofreció a los palestinos un 96% de sus demandas, por lo que su ofrecimiento cumplía con esa condición.⁶ Aquí surge un primer problema con esta versión, puesto que las demandas de los palestinos eran disímiles entre sí. Así, mientras algunas eran de carácter territorial, otras se referían a factores demográficos y, mientras algunas nos remitían al control de los recursos de la región (sobre todo el agua) otras aludían a consideraciones históricas y culturales. Cómo pudo obtener un promedio ponderado a partir de elementos tan diferentes entre sí es algo que Ehud Barak nunca explicó.

En cualquier caso, los palestinos no presentaron ninguna reivindicación que no estuviese amparada en una norma del Derecho Internacional, ya se trate de una resolución de las Naciones Unidas, de las Convenciones de Ginebra o del Derecho Internacional humanitario. Las resoluciones de Naciones Unidas establecen el marco para una paz justa y definitiva en la región y pueden resumirse en cuatro ideas básicas:

1. El pueblo palestino tiene derecho a un Estado propio (resolución 181 de la Asamblea General, 1947, y resolución 1397 del Consejo de Seguridad, 2002).
2. Los refugiados palestinos tienen derecho a regresar a su lugar de origen o, en su defecto, a recibir una compensación por las pérdidas que sufrieron (resolución 194 de la Asamblea General, 1948).
3. Israel debe retirarse de los territorios que capturó por la fuerza en 1967 (los territorios capturados ese año son Cisjordania, Gaza y la parte oriental de Jerusalén, resolución 242 del Consejo de Seguridad, 1967).
4. Todos los Estados de la región tienen derecho a existir dentro de fronteras seguras e internacionalmente reconocidas (resolución 242 del Consejo de Seguridad, 1967).

Si se tuviese que resumir la fuente del conflicto desde la perspectiva palestina, cabría decir que este se debe a la negativa de Israel a cumplir con las resoluciones citadas en los tres primeros puntos⁷ y a la política de colonización israelí que viola las Convenciones de Ginebra (en particular la cuarta), así como infinidad de normas del Derecho Internacional humanitario.

⁵ MALLEY, Robert. «Fictions about the Failure at Camp David». *The New York Times* 8 de julio de 2001.

⁶ AGHA, Hussein y Robert MALLEY. *Op. cit.*

⁷ El partido Likud del actual primer ministro israelí, Ariel Sharon, se opone formal y explícitamente en su programa político a la posible creación de un Estado Palestino.

Sobre el contenido mismo de las negociaciones de Camp David, finalmente ha surgido, tanto de fuentes israelíes como de occidentales, una copiosa literatura revisionista.⁸ Dentro de ella destacan los aportes de Robert Malley y Menahem Klein, dado que Malley fue asesor de la delegación norteamericana en dichas negociaciones, mientras que Klein lo fue de la israelí tanto en Camp David como en Taba. Ambos tuvieron acceso a la misma información con la que contó Barak pero, a diferencia de este, no hay razón aparente por la cual debamos dudar de sus motivaciones.

Malley, por ejemplo, si bien realiza críticas a la estrategia de negociación de la delegación palestina, pone de relieve la flexibilidad que esta mostró en una serie de temas cruciales:

Los palestinos pedían la creación de un Estado Palestino basado en las fronteras que existieron hasta el 4 de Junio de 1967, el cual coexistiría con el Estado de Israel. Aceptaron sin embargo la noción de que Israel anexara parte del territorio de Cisjordania para incorporar varios bloques de asentamientos. Aceptaron el principio de que Israel ejerciera soberanía sobre los barrios judíos de Jerusalén Oriental –barrios que no fueron parte de Israel antes de la Guerra de los Seis Días en 1967. Y aunque insistieron en que Israel reconozca el derecho al retorno de los refugiados, aceptaron que este debía implementarse de manera que se protegiera los intereses demográficos y de seguridad de Israel al limitarse el número de refugiados que podrían regresar. Ningún otro entre los interlocutores árabes con los que negoció Israel –ni el Egipto de Anwar Sadat, ni el rey Hussein de Jordania, para no mencionar a la Siria de Hafez el Asad– se aproximó siquiera a la posibilidad de considerar concesiones de esa índole.⁹

191

Por otra parte, los textos de Malley y Agha por un lado y el de Enderlin por otro nos recuerdan los antecedentes personales de Barak respecto a las negociaciones con los palestinos antes de la cumbre de Camp David: cuando era Jefe de Estado Mayor, Barak se opuso a los Acuerdos de Oslo de 1993. Luego, como Ministro del Interior en el gabinete de Isaac Rabin, votó en contra del acuerdo conocido como Oslo II, suscrito en 1995, y se opuso hasta 1996 a que se incluyera en la plataforma política del Partido Laborista la posible creación de un Estado Palestino. Insistió además en renegociar un acuerdo con los palestinos firmado por su predecesor, Benjamín

⁸ Por ejemplo, MALLEY, Robert. *Op. cit.*; AGHA, Hussein y Robert MALLEY. *Op. cit.*; ENDERLIN, Charles. *Le rêve brisé. Histoire de l'échec du processus de paix au Proche-Orient, 1995-2002*. París: Fayard, 2002; MAC ASKILL, Ewen. «The Real Deal, Israel's view that Arafat missed a chance for peace under Barak is dangerously deluded». *The Guardian*. Londres, 14 de abril de 2001. KLEIN, Menahem. Entrevista en *Ha'aretz*. Tel Aviv, 2 de mayo de 2002; SHALOM, Gush. En: www.gush-shalom.org

⁹ MALLEY, Robert. *Op. cit.*

Netanyahu (referido a retiros ulteriores de tropas israelíes), el cual finalmente no cumplió. Esa trayectoria contribuye a explicar su constante ambivalencia frente al proceso de negociaciones cuando fue jefe de gobierno: mientras ante audiencias conservadoras solía poner de relieve el hecho de que había realizado menos concesiones a los palestinos que Benjamín Netanyahu (su predecesor inmediato en el cargo), ante audiencias pacifistas solía relieves el hecho de que en Camp David estuvo dispuesto a realizar concesiones que ninguno de sus predecesores había contemplado.¹⁰

¿Cuáles eran específicamente esas concesiones sin precedentes que Barak estuvo dispuesto a realizar en Camp David? Si nos basamos en el itinerario prescrito por las resoluciones de las Naciones Unidas, podremos decir que las fuentes antes mencionadas coinciden en varios puntos clave. En el tema territorial, cabría empezar recordando que, al reducir sus demandas a los territorios que Israel capturó en la guerra de 1967, los palestinos habían renunciado de antemano a más de la mitad de los territorios que las Naciones Unidas le asignaron a un eventual Estado Palestino en 1947, puesto que la resolución 181 de la Asamblea General reconocía a los palestinos alrededor de un 46% de los territorios que comprendía el mandato británico sobre Palestina, los territorios ocupados por Israel suponían únicamente un 22% de ese total. Bajo esas circunstancias, exigir a los palestinos concesiones territoriales adicionales constituía un acto de expoliación.

192

Cabría recordar también que la versión de Barak, según la cual ofreció a los palestinos un 96% del territorio de Cisjordania, «es engañosa, puesto que no incluía partes de Cisjordania de las cuales Israel se había apropiado con anterioridad»¹¹ (a través de la extensión de la jurisdicción de Jerusalén). Por lo demás, todas las fuentes coinciden en que la proporción adicional del territorio de Cisjordania que Israel pretendía anexionar constituía el 9% del total (y no el 4%, como alega Barak) y que se trataba de tierras particularmente fértiles, puesto que contaban con las principales reservas acuíferas de Cisjordania (en una región en donde el agua es un recurso vital conspicuo por su escasez).¹²

Al margen de concentrar las principales fuentes de agua en la región, las demandas territoriales de Israel hacían de un futuro Estado Palestino una entidad constituida por cuatro espacios geográficos sin continuidad territorial (a la división entre Cisjordania y Gaza se le añadiría el hecho de que el propio territorio de Cisjordania quedaría dividido en tres espacios territoriales inconexos entre sí). Puede apreciarse la peculiar geografía producida por la oferta israelí en los mapas que reproduce el grupo pacifista

¹⁰ AGHA, Hussein y Robert Malley. *Op. cit.*

¹¹ MACASKILL, Ewen. *Op. cit.*

¹² Véase MALLEY, Robert. *Op. cit.*; MACASKILL, Ewen. *Op. cit.* y SHALOM, Gush. *Op. cit.*

israelí Gush Shalom en su página de Internet.¹³ Pero además de un 9% de Cisjordania, Israel retendría el control sobre el íntegro de las fronteras territoriales del futuro Estado Palestino (es decir, las fronteras con Jordania y Egipto), en algunas zonas por un período de entre seis y diez años, y en otras, por tiempo indefinido.¹⁴

En el tema de Jerusalén, como se indicó anteriormente, los palestinos habrían renunciado a la soberanía sobre los barrios judíos creados en Jerusalén Oriental desde su ocupación en 1967, así como sobre muchos barrios árabes de esa parte de la ciudad, el barrio cristiano y el barrio musulmán de la ciudad vieja y la explanada de las mezquitas.¹⁵ En cuanto a los refugiados (los cuales constituyen cerca de la mitad del pueblo palestino, por lo que no puede haber una solución al conflicto que no contemple su situación), el tema «apenas si se discutió»¹⁶ en Camp David más allá de una «vaga referencia a una “solución satisfactoria”, haciendo temer a Arafat que se intentase obligarlo a suscribir una propuesta de último minuto y de un contenido inaceptable»¹⁷. En este tema Charles Enderlin, corresponsal en Jerusalén de la televisión francesa desde hace más de 20 y quien tuvo acceso a las notas personales de varios de los participantes en la conferencia de Camp David, coincide con la versión de Robert Malley, según la cual los palestinos jamás demandaron el retorno de la mayoría de los refugiados (demanda que, aunque políticamente inviable, estaría amparada por el Derecho Internacional) y aceptaron la idea de que el derecho al retorno debía ejercerse de modo tal que tuviera en cuenta las preocupaciones demográficas de Israel.¹⁸

193

¹³ A los mapas en cuestión, la página de Gush Shalom añade los siguientes comentarios: «Lo que aparece como continuidad territorial en realidad está dividido por la presencia de bloques de asentamientos, carreteras de circunvalación (para uso exclusivo de colonos judíos) y puestos de control (del ejército israelí)». www.gush-shalom.org. A su vez, Mac Askill sostiene que «La Palestina que habría resultado de ese acuerdo no habría sido viable. Habría consistido en una media docena de bolsones territoriales con enormes asentamientos judíos entre ellos —una suerte de Bantustanes del Medio Oriente—.» MAC ASKILL, Ewen. *Op. cit.* «La frase “continuidad territorial” es engañosa. Ningún israelí aceptaría viajar 50 millas de un pueblo a otro, cuando la distancia real entre ellos es de solo 5 millas».

SHALOM, Gush. *Op. cit.*

¹⁴ «El ejército israelí también hubiese retenido el control sobre la frontera oriental del Estado Palestino, es decir, el valle del Jordán, por un período de entre seis y diez años y, aun más significativo, una franja de territorio a lo largo de la costa del Mar Muerto por tiempo indefinido: Difícilmente puede llamarse a eso un Estado independiente.»

«La oferta de Barak daba control a Israel sobre todos los pasos fronterizos del Estado Palestino. Ningún país en el mundo aceptaría eso».

En: SHALOM, Gush. *Op. cit.*

¹⁵ MALLEY, Robert. *Op. cit.*

¹⁶ AGHA, Hussein y Robert MALLEY. *Op. cit.*

¹⁷ MALLEY, Robert. *Op. cit.*

¹⁸ ENDERLIN, Charles. *Op. cit.*

Al ofrecer una versión equívoca, cuando no falsa, de lo que ocurrió en Camp David, Barak contribuyó a crear en la opinión pública israelí una atmósfera propicia para el surgimiento de una alternativa belicista: ¿qué cabía pensar de un liderazgo que declinaba una propuesta que, presuntamente, le concedía el íntegro de sus demandas?, ¿y qué cabía pensar de un pueblo que recibía esa noticia con beneplácito? Solo existen dos respuestas posibles a esas preguntas: o bien se trataba de interlocutores absolutamente irracionales, o bien sus demandas públicas escondían sus inconfesables propósitos privados: «Aceptar esa versión perpetúa el mito israelí según el cual los palestinos no estarán contentos hasta que los judíos sean expulsados al mar».¹⁹ Ese es precisamente el mito al que apeló Ehud Barak para justificar el fracaso de las negociaciones tras su regreso a Israel: «La demanda del derecho al retorno, en su sentido más profundo, es un mecanismo demográfico para lograr la destrucción de Israel».²⁰

Ello llevaría a Ami Ayalon, jefe del servicio de inteligencia interior (el Shin Bet) durante el gobierno del propio Barak, a afirmar en diciembre del año pasado que «En Israel ya nadie lidia con la realidad. Es la consecuencia de una percepción equivocada del proceso de paz y del fracaso de Camp David. Los israelíes solo han recibido una versión de los hechos: “Nosotros fuimos generosos y ellos rechazaron nuestro ofrecimiento”. Eso es ridículo».²¹

194

2.2.2. Las negociaciones de Taba

Según la versión israelí, tras el fracaso de Camp David los palestinos decidieron abandonar la vía de las negociaciones para planificar una insurrección armada contra la ocupación israelí. Ambos elementos de esa versión son falsos. En primer lugar, porque nadie ha aportado evidencia alguna en favor de la tesis de que la insurrección palestina que se inicia en septiembre del año 2000 fuese producto de un plan preconcebido.²² Habría que recordar aquí que el inicio de la segunda *Intifada* se vio precedido por la visita de Ariel Sharon a la explanada de las mezquitas en Jerusalén, acompañado por un séquito de cientos de soldados y policías. Se trató de una visita deliberadamente provocadora, como el propio Sharon admitió sin escrúpulos, sin embargo, no fue la visita misma lo que detonó la rebelión, sino el hecho de que las manifestaciones en contra de la misma fueron reprimidas con armas de fuego, causando cinco muertes el primer día. Es solo tras tres días consecutivos de que los soldados israelíes emplearan armas de fuego contra civiles desarmados que los palestinos empiezan a responder el fuego.

¹⁹ MAC ASKILL, Ewen. *Op. cit.*

²⁰ Véase AGHA, Hussein y Robert MALLEY. *Op. cit.*

²¹ Declaraciones al diario francés *Le Monde* 22 de diciembre de 2001.

²² Al respecto, véase ENDERLIN, Charles. *Op. cit.*

Pero la versión israelí es falsa además por que no es cierto que Camp David representara el fin de las negociaciones. Estas continuaron virtualmente hasta la elección de Ariel Sharon como Primer Ministro de Israel, y destacan dentro de este proceso las negociaciones en el balneario egipcio de Taba, en enero de 2001. Dado que no se llega a firmar un acuerdo, las partes delegaron al representante de la Unión Europea, el español Miguel Ángel Moratinos, la elaboración de un informe que incluyese el contenido de las negociaciones. De lo que se desprende del Documento Moratinos, las negociaciones de Taba representaron un avance significativo respecto de lo discutido en Camp David. Por ejemplo, los palestinos aceptaron la idea de que Israel anexara una proporción limitada de territorio para asimilar la mayoría de los asentamientos israelíes de Cisjordania, pero Israel aceptaba a cambio otorgar a los palestinos una proporción equivalente de su propio territorio. Ambas partes aceptaron además que tanto las áreas bajo soberanía israelí como las áreas bajo soberanía palestina disfrutaran de contigüidad territorial.

En el tema de Jerusalén, «Ambas partes aceptaron en principio la sugerencia de Clinton de que los barrios árabes queden bajo soberanía palestina y los barrios judíos queden bajo soberanía israelí».²³ En cuanto a los refugiados palestinos, Israel no solo aceptó discutir el tema de su eventual retorno, sino además el de las compensaciones que deberían recibir aquellos que no pudieran retornar. Propuso además la elaboración de una narrativa histórica conjunta sobre su tragedia.

195

Lamentablemente, dada la proximidad de las elecciones israelíes y las diferencias que aún subsistían, no llegó a firmarse un acuerdo. Pese a ello, en la reunión de clausura, israelíes y palestinos elaboraron un pronunciamiento conjunto: «Las dos partes declaramos que nunca habíamos estado más cerca de llegar a un acuerdo y que compartimos la convicción de que las diferencias subsistentes podrán ser resueltas cuando se retomen las negociaciones tras las elecciones israelíes».²⁴

Ahora bien, si Israel estaba dispuesto a llegar a un acuerdo en los términos descritos, la pregunta obvia es por qué no realizó esos planteamientos en Camp David, seis meses antes. En otras palabras, por qué esperó a que el gobierno de Barak perdiese la mayoría parlamentaria, la Administración Clinton estuviese *ad portas* de su fin y que Ehud Barak estuviese 20% por debajo de Ariel Sharon en las encuestas (quien ya había anunciado que, en caso de ser elegido, no aceptaría ningún acuerdo al que se llegara en Taba). Más aun, si estaba comprometido con el contenido del proceso, ¿por qué retiró las propuestas de Taba de la mesa de negociaciones apenas perdió las elecciones, tal como se lo solicitó Ariel Sharon en la etapa de transición hacia el nuevo gobierno?

²³ «El documento Moratinos». *Ha'aretz*. Tel Aviv, 26 de febrero de 2002.

²⁴ AGHA, Hussein y Robert Malley. *Op. cit.*

Barak era consciente de que solo un acuerdo con los palestinos podía salvar su candidatura, pero no parecía creer que este fuera a producirse. De hecho, según Menahem Klein, Barak le expresó que su intención al enviar una delegación a Taba no era tanto la de llegar a un acuerdo como la de, presuntamente, «revelar el verdadero rostro de Arafat».²⁵

3. El gobierno de Sharon y el terrorismo

3.1. Un personaje peculiar

Ariel Sharon podrá ser un hombre con múltiples lastres, pero la inconsecuencia no es uno de ellos. Después de todo se trata de un personaje que se opuso a los acuerdos de Camp David entre Egipto e Israel, al retiro de las tropas israelíes del sur del Líbano, a las negociaciones de Madrid entre árabes e israelíes y a los acuerdos de Oslo suscritos con los palestinos. El fundamento de tan impecable trayectoria es su oposición a devolver cualquier porción de los territorios conquistados durante la guerra de 1967 y en particular la Judea y Samaria bíblicas. De hecho, existen múltiples entrevistas en las que Sharon lo afirma sin el menor asomo de duda. «Nunca, nunca, nunca», por ejemplo, no es el título de un bolero cantinero, sino el de una entrevista que concedió en los años 80 a la revista *Time*. El título a su vez era la respuesta de Sharon a la pregunta de si Israel debía considerar la posibilidad de evacuar parte de los territorios palestinos ocupados en 1967 como condición para alcanzar un acuerdo de paz.

196

Esta breve semblanza nos ayuda a entender su aparente torpeza política. Aun antes de acceder al gobierno exigió a Ehud Barak que retirase de la mesa de negociaciones la propuesta que este había hecho a los palestinos en Taba, Egipto, sin plantear una propuesta alternativa. Acto seguido, se negó a continuar con las negociaciones y puso como condición previa para su reanudación que se produjera una semana de «calma absoluta» de parte de los palestinos. Durante ese período, sin embargo, Israel se reservaba el derecho a continuar con su política de demolición de viviendas y de asesinatos selectivos de dirigentes palestinos, como parte de una presunta estrategia de *seguridad preventiva*. Asumiendo que carecía de toda racionalidad, Javier Solana calificó esa condición de «estúpida». Algo más perspicaz, el dirigente laborista Yossi Beilin la consideraba un subterfugio para posponer indefinidamente cualquier negociación. De hecho, su vigencia durante casi un año propició un deterioro progresivo de la situación y creó condiciones propicias para una eventual ofensiva militar, único curso de acción política en el que Sharon parece ser versado.

Cuando finalmente, bajo presión del Partido Laborista y de la Administración Bush, Sharon decidió renunciar a esa condición, se iniciaron una serie de gestiones diplomá-

²⁵ KLEIN, Menahem. *Op. cit.*

ticas abocadas a encauzar el conflicto por la vía de la negociación. Por ello, el panorama que presentaba el Medio Oriente hacia fines de marzo debió parecerle desolador: palestinos e israelíes negociaban un cese del fuego bajo mediación estadounidense. La Liga de Estados Árabes aprobaba una propuesta de paz que suponía un reconocimiento colectivo de Israel a cambio de su retiro de los territorios árabes capturados en 1967. El Consejo de Seguridad de Naciones Unidas aprobaba una resolución apoyando la creación de un Estado Palestino. Urgido de un buen pretexto para patear el tablero, la estupidez de Hamas acudió en su ayuda con un atentado contra civiles israelíes que provocó más de 20 muertes.

La ofensiva israelí contra los territorios palestinos era por ende previsible, no lo era en cambio el efecto narcotizante que ha tenido sobre muchas conciencias. Amigos judíos, habitualmente sensatos, de un tiempo a esta parte no hacen sino repetir como un mantra las ocurrencias de Sharon. Por ejemplo, que estamos ante una guerra para extirpar el terrorismo de la región. Si ese fuese el objetivo, uno hubiese esperado que las acciones militares israelíes se concentraran sobre los autores de los atentados. Sin embargo, como recuerda Zbigniew Brezinsky (de quien no cabe sospechar que simpatice con los palestinos), las acciones de Sharon durante el último año se han abocado a destruir tanto a las fuerzas de seguridad de la Autoridad Nacional Palestina, como los símbolos de lo que parecía ser un Estado Palestino en ciernes (por ejemplo, el aeropuerto internacional de Gaza). La paradoja que ello supone debería resultar obvia: si Israel sostenía que se iba a retirar de los territorios palestinos una vez alcanzados sus objetivos y simultáneamente hacía un denodado esfuerzo por destruir todo vestigio de autoridad palestina en la zona, ¿entonces quién se haría cargo de garantizar el orden una vez que se retirasen sus soldados?

A su vez, tampoco queda claro cómo contribuye a la seguridad de Israel la aplicación de castigos colectivos sobre la población palestina. Desde el cerco militar sobre sus ciudades, hasta la destrucción sistemática de sus viviendas y propiedades, pasando por la aplicación de toques de queda que se prolongan por semanas y durante los cuales la población civil queda recluida sin luz, agua, atención médica o incluso alimentos. En palabras de un editorial del *New York Times*, «los cañones israelíes, sus toques de queda, sus barreras militares están atropellando las vidas, la subsistencia y la dignidad de las poblaciones civiles».²⁶ Por ejemplo, en los comienzos de la ofensiva israelí, entidades como la Cruz Roja emitían reportes dantescos sobre bombardeos aéreos en zonas densamente pobladas o sobre cuerpos moribundos languideciendo en las calles, dado que las ambulancias parecían haberse convertido en el blanco privilegiado de los soldados israelíes. El ejército israelí negó siempre la veracidad de esos reportes, sin embargo simultáneamente no solo prohibió el ingreso de los periodistas a la zona, sino

²⁶ Citado en: VARGAS LLOSA, Mario. «La guerra de Sharon». *El País*, 14 de abril de 2002, p. 11.

que incluso disparó contra ellos cuando se internaron contraviniendo sus disposiciones. Y ello no en forma accidental, sino como parte de una política deliberada, según comunicó a Christiane Amanpour, corresponsal de CNN, un oficial israelí.

Las acciones contra la Autoridad Nacional Palestina (ANP) y contra la población civil adquieren sentido, sin embargo, cuando las insertamos dentro de la estrategia descrita en octubre pasado por el periodista Alex Fishman en el diario israelí *Yediot Aharonot* (la cual habría sido preparada para el gobierno de Sharon por el general Meir Dagan). Según ella, el propósito de las acciones contra la ANP sería el de crear de entre sus escombros un liderazgo palestino fragmentado y dócil, mientras que las acciones contra los civiles palestinos tendrían el propósito de doblegar su voluntad de resistir, forzándolos a aceptar a esa pléyade de líderes locales como su única alternativa. En última instancia, la estrategia apunta a crear un archipiélago de *bantustanes* palestinos, sin continuidad territorial, cuyos linderos serían custodiados por Israel y, dentro de los cuales, Israel «negociaría con las fuerzas dominantes en cada territorio». A inicios de su gobierno, Sharon trazó los lineamientos de una eventual solución a la cuestión palestina en términos similares a los descritos. Y si bien no volvió a hacer referencia a ella, algunas de sus estentóreas proclamas ante el Congreso israelí parecen coincidir con esa visión (por ejemplo, cuando sostuvo hace unos meses que había que propinar «duros golpes a los palestinos» para «sacarles de la cabeza» la idea de que podían obligar a Israel a negociar mediante el uso de la fuerza).

198

3.2. El terrorismo en el Medio Oriente

Ahora bien, incluso si no existiese un propósito ulterior en las acciones militares de Israel, seguiría siendo de una supina hipocresía afirmar que su único objetivo es proteger a los civiles israelíes de eventuales ataques terroristas. Como si los palestinos fuesen la mayor fuente de violencia contra civiles en la región y como si los israelíes fuesen quienes viven bajo el constante asedio de una potencia extranjera en su propia tierra. De hecho, son los palestinos quienes viven bajo la ocupación israelí y no al revés. Son sus tierras y propiedades las que son confiscadas para construir asentamientos judíos o destruidas como producto de represalias políticas y no al revés. Son sus ciudades las que están bajo el férreo cerco económico y militar del ejército israelí y no al revés. Por último, los civiles palestinos son y han sido siempre las principales víctimas de la violencia política en el Medio Oriente y no al revés.²⁷

²⁷ Por ejemplo, durante la segunda Intifada (2000-2002) son los palestinos quienes han tenido más del 75% de las víctimas mortales y del 90% de los heridos. Durante la primera Intifada (1987-1993), por cada israelí murieron aproximadamente 25 palestinos.

Israel no puede despojar a los palestinos de Cisjordania y Gaza de todo derecho político (se trata del único pueblo en el mundo cuyos integrantes no son ciudadanos de ningún Estado), amén de sus derechos humanos (como se indicó anteriormente, la práctica de la tortura era legal en Israel hasta 1999 y aún hoy en día sigue siendo de uso común contra presos palestinos según la organización israelí B'Tselem) y esperar al mismo tiempo que estos últimos se resignen pacíficamente a su suerte.

Ante circunstancias como esas, la Carta de la Naciones Unidas reconoce el derecho de todo pueblo a recurrir al uso de la fuerza como medio para librarse de la ocupación extranjera. La pregunta aquí sin embargo no es si los palestinos tienen o no ese derecho, sino más bien si se trata del medio idóneo para alcanzar sus objetivos nacionales. Personalmente creo que no, entre otras razones porque el recurso a las armas se basa en una analogía espuria con la experiencia de Hezbollah en el sur del Líbano: Israel ocupó el sur del Líbano por razones esencialmente estratégicas y, cuando ese territorio en prenda dejó de ser un activo militar para convertirse en un fardo oneroso, decidió retirarse. Cisjordania, de otro lado, fue ocupada en parte para adquirir lo que los militares israelíes denominaban «profundidad estratégica», pero también porque constituía parte de la Judea y Samaria bíblicas. Por ello, mientras Israel jamás pretendió colonizar el sur del Líbano, desde un principio se abocó a la tarea de construir colonias judías en Cisjordania. Cabe esperar por ende que, tanto por el hecho de que muchos israelíes consideran que es parte inalienable de *Eretz Israel*, como por el hecho de que está poblado por cerca de doscientos mil colonos judíos, Israel valore la posesión de Cisjordania en un grado que jamás concedió a la franja de territorio que ocupaba en el sur del Líbano.

199

Por lo demás, el derecho al uso de la fuerza no es irrestricto. La legitimidad de su empleo depende de que esta se ejerza contra objetivos militares y no contra civiles inermes. La mayoría de los movimientos de liberación nacional, sin embargo, ha infringido en más de una ocasión esa norma. Cabría recordar por ejemplo que, mucho antes de que existiera la OLP y, décadas antes de que ambos fuesen jefes de gobierno en Israel, Menahem Begin e Isaac Shamir fueron objeto de una requisitoria internacional por acciones tales como el asesinato del enviado de Naciones Unidas para Palestina, Folke Bernadotte, o la voladura del hotel Rey David en Jerusalén, que provocó decenas de muertes. Y ello para no mencionar el abultado prontuario de Ariel Sharon en la materia, que va desde la masacre en el pueblo palestino de Quibya en 1953 (documentada por historiadores israelíes como Avi Shlaim) hasta la reciente destrucción del campamento de refugiados de Jenin, pasando por las masacres de Sabra y Shatila en 1982.²⁸ Lamentablemente el movimiento nacional palestino no es la excepción a esta regla.

²⁸ En setiembre de 1982, un grupo de falangistas libaneses, en una operación organizada por el ejército israelí que ocupaba la zona, incursionó en los campos de refugiados palestinos de Sabra y

Además de que no existe justificación moral posible para ellas, creo que las acciones contra civiles israelíes no solo no cumplen objetivo político alguno, sino que son contraproducentes. Los atentados indiscriminados contra civiles dentro de Israel han brindado a Sharon la oportunidad de escalar sustancialmente la respuesta militar israelí sin propiciar una oposición significativa en el seno de su propia sociedad. Desde el 11 de septiembre, esas acciones han sido además la coartada moral para la pasividad con que el Consejo de Seguridad de la ONU y las potencias occidentales asisten al intento de doblegar por hambre a la población palestina y al bombardeo cotidiano de sus ciudades con misiles, tanques, helicópteros artillados y aviones de guerra. Por último, esas acciones han sido la cortina de humo que le permite al gobierno de los Estados Unidos soslayar los temas de fondo en este conflicto y presentar la seguridad de Israel como un fin absoluto, al exigir el cese de la violencia solo a los palestinos como condición para cualquier negociación. Nuevamente, como si los palestinos fuesen la fuente primera y mayor de violencia en la región y como si no fuese precisamente la ausencia de un horizonte político desde la elección de Ariel Sharon el mayor instigador de la violencia.²⁹

En el tema específico del terrorismo, cuando se recuerda que en los enfrentamientos de los últimos dos años por cada israelí han muerto al menos tres palestinos, el Gobierno de Israel alega que la diferencia radica en que, mientras las acciones palestinas tienen

Shatila en busca de presuntos terroristas allí ocultos. No hallaron ninguno, lo cual no impidió que durante 36 horas entre el 16 y el 18 de ese mes violaran, mutilaran y asesinaran a cuanto civil encontraban a su paso (dejando al menos 900 víctimas mortales, según un documental de la BBC). Ariel Sharon era entonces Ministro de Defensa de Israel y fue el encargado de autorizar la operación. Pese a que sus tropas rodearon los campamentos durante todo ese tiempo, y a que el puesto de control israelí contaba con una vista panorámica de los mismos, Sharon alega hasta el día de hoy que jamás se enteró de lo que allí ocurría.

²⁹ Cuando se culpa a la Autoridad Nacional Palestina por estos hechos, no se suele agregar que sus instalaciones han sido atacadas en forma sistemática durante los últimos dos años, y que, en cualquier caso, su jurisdicción territorial es sumamente limitada. Pongámoslo de este modo: El área que se debe proteger incluye Israel (78% del total) y los territorios palestinos ocupados (22% del total). Las tareas de seguridad dentro de Israel son prerrogativa exclusiva de las autoridades de ese país. La Autoridad Nacional Palestina es responsable de la seguridad en menos de la mitad de los territorios ocupados (el resto sigue bajo control de seguridad israelí). Peor aún, las zonas bajo autonomía palestina constituyen un archipiélago de *bantustanes* sin continuidad territorial, y las fuerzas de la Autoridad Nacional carecen de libertad de movimiento entre ellas.

En lo político, el liderazgo de Arafat en el seno de su propio pueblo se ha visto erosionado por sus ostensibles falencias como gobernante y por la percepción generalizada de que para Israel la negociación con los palestinos constituye un intento de perpetuar la ocupación por otros medios (no en vano la tasa de crecimiento de la población judía en las colonias erigidas sobre tierras palestinas virtualmente se duplicó desde los acuerdos de Oslo en 1993).

En esas circunstancias, Sharon espera que Arafat lance un ataque frontal contra Hamas, corriendo el riesgo de desatar una guerra civil entre los propios palestinos, mientras Israel continúa confiscando sus tierras y bombardeando a ambos por igual.

como blanco deliberado a civiles israelíes, las acciones de su ejército tratan de evitar las bajas civiles entre los palestinos. De ser cierta, esa sería una atingencia crucial, porque diversas acepciones del concepto de *terrorismo* coinciden en que esa es una característica definitoria del fenómeno. Así, por ejemplo, en el documento que esboza la nueva estrategia de seguridad nacional de los Estados Unidos, el terrorismo se define como «la violencia premeditada y políticamente motivada perpetrada contra inocentes».³⁰ Más específica y más cercana al común denominador académico es la definición que ofrece Michael Walzer: «El terrorismo es el asesinato deliberado de gente inocente, al azar, con el fin de propagar el miedo entre toda una población y de forzar la mano de sus líderes políticos».³¹

Ahora bien, en noviembre de 2001 oficiales de inteligencia israelíes sembraron un artefacto explosivo en las calles de Gaza. Su presunto objetivo eran milicianos palestinos que habrían atacado a colonos israelíes desde esa zona. Sus víctimas reales, sin embargo, fueron cinco niños palestinos que, camino al colegio, activaron accidentalmente el artefacto. Podría afirmarse que se trató de un acto terrorista, dado que, siguiendo la definición de Walzer, se trató del asesinato de gente inocente y su efecto práctico fue propagar el miedo entre la población de la zona. Concuera por lo demás con el objetivo político trazado por Ariel Sharon ante el parlamento de su país (como se indicó antes, «dar duros golpes a los palestinos» para «sacarles de la cabeza» la idea de que pueden obligar a Israel a negociar mediante el uso de la fuerza). Sin embargo el ejército israelí acudió al eufemismo *daño colateral* para describir el incidente, alegando que no tuvo la intención de provocar esas consecuencias.

La definición de terrorismo no dependería entonces de la naturaleza de los hechos, sino de la intención de los autores. Pero si ese es el caso, la potestad de juzgar esas intenciones se convierte en una prerrogativa política de primer orden. Sobre todo si es asumida *motu proprio* por Estados que, como Israel, han hecho del *daño colateral* un hábito cotidiano (produciendo, como vimos, muchas más muertes civiles que los atentados terroristas en prevención de los cuales se comete). Ello a su vez nos da un indicio de la intención detrás de esos presuntos errores, porque si se considera un medio de acción legítimo el sembrar artefactos explosivos en plena vía pública es porque importa poco que quienes los detonen sean milicianos o transeúntes. O como dijera un representante de Amnistía Internacional, cuando se emplea armas de guerra contra zonas urbanas densamente pobladas, la muerte de civiles no solo es intencional, es además inevitable.

³⁰ «The National Security Strategy of the United States of America», setiembre de 2002, p. 5.

³¹ WALZER, Michael. «Cinco preguntas sobre el terrorismo». *Letras Libres*, n.º 45, setiembre 2002, año IV, p. 26.

En cualquier caso, el punto aquí es que, en hechos de esta índole, no se puede juzgar la intención de los autores simplemente por lo que estos manifiestan. Al igual que en un proceso penal, la palabra de un homicida no basta para establecer sus motivos. Sugiero que, ante hechos como el descrito, la intención de las autoridades israelíes se juzgue en función de los siguientes criterios: la ostensible negligencia que refleja esa conducta, el carácter sistemático de la misma y la absoluta impunidad con que se repite.

Probablemente el mejor ejemplo de la negligencia con la que actúan regularmente las tropas israelíes sea el asesinato en julio del 2002 del dirigente de Hamas Salah Shehadade. Este se llevó a cabo a través de un misil conteniendo una tonelada de explosivos, lanzado contra la zona residencial de Gaza, la ciudad más densamente poblada del planeta. El misil causó la muerte de Shehada, al igual que la de catorce civiles que vivían en la zona, la mayoría de ellos menores de edad. En ese contexto nadie en su sano juicio podía sostener, como hizo Ariel Sharon, que la muerte de civiles fuese un hecho imprevisto. En esa ocasión, ni siquiera el gobierno de los Estados Unidos, principal aliado de Israel, tomó en serio esos alegatos. Durante una conferencia de prensa, Ari Fleischer, portavoz de la Casa Blanca, sostuvo lo siguiente sobre el caso:

202

Pregunta. «Pero, Ari, la respuesta de Israel es que está en guerra, como lo están los Estados Unidos. Y que en toda guerra se pierden vidas inocentes. ¿Cuál es la diferencia desde la perspectiva del Presidente (Bush) entre la acción de Israel en Gaza y la de los Estados Unidos contra Al Qaeda en Afganistán, donde también han perdido la vida inocentes?»

Ari Fleischer. «Ambas situaciones no son comparables. Y la diferencia crucial es que, en este caso, en Gaza, se trató de un ataque deliberado contra un edificio en el que se sabía que habitaban civiles. [...] lo que ocurrió en Gaza fue un ataque consciente contra un edificio en donde había civiles». [...]

Pregunta: «Ari, ¿qué evidencia tiene la Administración Bush de que los israelíes sabían que había civiles en ese edificio y que el ataque produciría la muerte a civiles inocentes?»

Ari Fleischer: «El blanco era un conjunto de edificios residenciales».³²

El caso descrito, por lo demás, no fue un hecho aislado. Por ejemplo, el diario español *El País* reportaba en octubre del 2002 lo siguiente:

Como tantas otras veces, esta semana una incursión de infantería, blindados y helicópteros israelíes en la banda de Gaza ha causado al menos 16 muertos palestinos

³² Véase: <http://www.whitehouse.gov/news/releases/2002/07/20020723-5.html#2>

—entre ellos una mujer y varios niños— y más de un centenar de heridos. Y las víctimas no cayeron en una batalla contra un enemigo identificable. Al menos una decena de los muertos formaban parte de la multitud que salía de sus casas en el campo de refugiados de Jan Yunis cuando parecía que la tormenta bélica había amainado y un helicóptero disparó a la masa en movimiento.³³

En este caso, el proyectil disparado desde el helicóptero contra la multitud también fue un misil. Según Menahem Klein, desde el inicio de la Intifada el alto mando israelí «ha autorizado el uso de misiles y la implantación de explosivos en áreas residenciales o contra vehículos que transportan civiles». Añade Klein que, generalmente, «esas operaciones se llevan a cabo tras vuelos de reconocimiento sobre el blanco, por lo que la presencia de civiles resulta obvia».³⁴

La negligencia israelí puede rastrearse además en incidentes como el asesinato de una madre y sus dos hijos (de cuatro y seis años) por disparos de soldados israelíes en Jenin, en mayo del 2002. Pese a reconocer, como no podía ser de otro modo, que las víctimas no presentaron en ningún momento una conducta amenazante, un vocero militar israelí alegó sin embargo que los soldados actuaron de acuerdo con las reglas existentes sobre el uso de armas de fuego.³⁵ El problema aquí son precisamente esas reglas,³⁶ las cuales autorizan el uso de armas de fuego no solo en situaciones que no lo ameritarían (por ejemplo, contra manifestantes desarmados), sino que además conceden un amplio margen de discrecionalidad a los oficiales al mando sobre el terreno, razones ambas por las que el grupo B'Tselem considera que son ilegales.³⁷ Esto coincide con lo expresado por la Comisión Mitchell, creada poco después de iniciarse la segunda Intifada con el propósito de investigar sus causas y sugerir alternativas (y que fuera presidida por George Mitchell, ex senador de los Estados Unidos), cuyo informe final exigía a Israel abandonar el uso de armas de fuego contra manifestantes palestinos desarmados.³⁸

203

³³ «Terror contra terror» *El País*. Madrid, 11 de octubre de 2002, p. 8.

³⁴ EDLAR, Akiva y Menahem Klein. «Sharon is abetting terrorism against Israel». 25 de julio del 2002 en: www.miftah.org. Esto viola las leyes de la guerra, las cuales «prohíben ataques con armas que no sean suficientemente precisas como para distinguir entre objetivos militares y civiles».

B'TSELEM. «The IDF Open Fire Regulations». Tel Aviv: 2002, p. 2.

³⁵ AMAYREH, Khaled. «License to Keep Killing». *Al Ahran Weekly*, del 9 al 15 de mayo de 2002.

³⁶ Véase «IDF Loosened Open-Fire Directives in the Occupied Territories». *Ha'aretz*. Tel Aviv: 7 de agosto de 2001 y «IDF Loosens Open-Fire Regulations» *The Jerusalem Post*. Jerusalén: 9 de agosto de 2001.

³⁷ B'TSELEM. *Op. cit.*

³⁸ Al respecto, el informe de B'Tselem afirma lo siguiente: «Israel justifica esta política sosteniendo que los palestinos disparan a sus soldados desde la multitud, pero esta política para dispersar manifestaciones existía también en el pasado, e incluso entonces causó muchas muertes». *Ibid.*, p. 10.

A lo dicho hasta aquí cabría añadir una práctica denunciada durante mucho tiempo por los palestinos: El uso regular de civiles como escudos humanos. El ejército israelí solía negar con vehemencia esas acusaciones, hasta que el Tribunal Supremo de Israel constató la existencia de esa práctica y decidió proscribirla.³⁹

En cuanto al carácter sistemático de esa conducta negligente, cabría recordar que entre setiembre del 2000 y setiembre del 2002 perdieron la vida cerca de dos mil palestinos, la mayoría de ellos civiles. Se trata por cierto de muertes que suelen pasar desapercibidas para un amplio espectro de la prensa internacional. Por ejemplo, un titular del diario mexicano *El Universal* sostenía que el atentado perpetrado el 19 de setiembre del 2002 por un suicida palestino (el cual provocó cinco muertes), había puesto fin a lo que describía como «seis semanas de calma» en la región. Sin embargo, como recordaba un columnista del diario *El País*, entre el 4 de agosto (fecha del último atentado de esa índole) y el 19 de septiembre, «la violencia de la protesta se había resumido en una variedad de incidentes aislados y, sin embargo, en ese período murieron 75 palestinos».⁴⁰ Pareciera entonces que la muerte cotidiana de los palestinos constituye una rutina que no perturba la calma. Similar es el caso del diario *The New York Times*, que el 17 de julio del 2002, al informar de un ataque suicida que causó siete muertes, sostenía que no se había producido un ataque similar desde el 20 de junio y que «sin embargo, 40 palestinos han sido asesinados desde entonces en Cisjordania y Gaza, 22 de ellos civiles desarmados».⁴¹ Lo curioso aquí es que tanto el atentado ocurrido en junio como el que tuvo lugar un mes después recibieron titulares de primera plana en ese diario, mientras que ninguna de las cuarenta muertes entre los palestinos mereció la misma suerte.

Frente a la tesis israelí según la cual la selectividad de sus métodos contrasta con el carácter indiscriminado de las acciones palestinas, cabría mencionar además que, en la actual etapa del conflicto, por cada niño israelí han muerto cinco niños palestinos, es decir, una desproporción aun mayor que la que impera en el conjunto de la población.⁴²

Por último, para graficar la impunidad con la que actúan tanto los soldados como los colonos israelíes, podríamos empezar con una muestra escalofriante recogida por la revista *The Economist*:

³⁹ «El Supremo israelí suspende el uso de “escudos humanos” palestinos». *El País*. Madrid: 19 de agosto del 2002.

⁴⁰ BASTENIER, M. A. «La doctrina Bush-Sharon». *El País*. Madrid: 24 de setiembre de 2002, p. 6.

⁴¹ «7 Killed, 17 Injured in an Ambush of a Bus by Palestinians». *The New York Times* 17 de julio de 2002, pp. A1 y A7.

⁴² «Un total de 277 niños —de ellos, 230 palestinos y 47 israelíes— han muerto desde que comenzó la segunda Intifada en setiembre del 2000». «Las dolorosas cartas entre una niña palestina y un niño israelí». *El País*. Madrid: 6 de abril de 2002, p. 5.

Nahum Korman, quien persiguió, pateó y golpeó hasta matar a un niño palestino de 12 años en noviembre de 1996, fue sentenciado en enero a seis meses de trabajo comunitario. Ello ocurrió tras un complejo proceso legal que incluyó a la Corte Suprema, Cortes de menor jerarquía y un acuerdo con la fiscalía. B'Tselem, una organización israelí de defensa de los derechos humanos, condenó la sentencia afirmando que enviaba un mensaje según el cual «la vida de los palestinos no vale nada». Esa organización acusó a las autoridades legales de llevar adelante «una política no declarada de absolución y complicidad con los civiles israelíes que atacan palestinos».⁴³

Lamentablemente, el caso descrito no constituye un hecho aislado. Algunos datos agregados reflejan este clima de absoluta impunidad desde otro ángulo:

Hasta el 14 de noviembre del 2001, la unidad de investigaciones de la Policía Militar había investigado tan solo catorce casos de uso ilegal de armas de fuego. Ese número es bastante pequeño a la luz de los testimonios recogidos por B'Tselem y de la información recibida por otras organizaciones de derechos humanos, los residentes de los territorios ocupados, la prensa, que mencionan muchos otros casos en los que existía cuando menos una gran probabilidad de que las Instrucciones para Abrir Fuego fueron violadas.⁴⁴

En otras palabras, hacia una fecha en la cual el número de mujeres y menores de edad desarmados que cayeron víctimas del fuego de soldados israelíes (fuego no solo de balas, sino también de obuses disparados desde tanques y de misiles disparados desde helicópteros y aviones de guerra) era de varios centenares, la policía militar israelí había investigado tan solo catorce casos. Enfrentado ante la evidencia de esta conspiración del silencio, el Ministro de Defensa israelí, Benjamín Ben Eliezer, dispuso ampliar el número de investigaciones. Hacia octubre del 2002 el número de casos investigados, según un reporte de Ben Wedeman para la CNN, había llegado a 220, como consecuencia de los cuales 30 soldados habían sido puestos a disposición de cortes militares, pero, y esto es lo más significativo, el Gobierno Israelí se niega a brindar el número de soldados condenados por acciones como las descritas. De hecho, no se sabe de soldado alguno que haya recibido algo más que una sanción disciplinaria por el asesinato a sangre fría de civiles palestinos.

El problema obvio aquí es que las fuerzas de defensa israelíes son a la vez juez y parte en estos procesos, pues son los propios soldados quienes se investigan entre sí. Peor aun, los soldados israelíes son además los testigos de cargo:

⁴³ «Israel, The Law and the Uprising». *The Economist* marzo de 2001, pp. 42-43, vol. 358, n.º 8211.

⁴⁴ B'TSELEM. *Op. cit.*, p. 7.

A través de conversaciones con varios investigadores de la Policía Militar, B'Tselem se enteró de que la unidad de investigaciones de la Policía Militar no cuenta con investigadores que hablen el idioma árabe. Por ende, en la gran mayoría de casos, no se recoge el testimonio de los palestinos. Como consecuencia de ello, las investigaciones se basan únicamente en el testimonio de los soldados, afectando así la credibilidad de las investigaciones.⁴⁵

En síntesis, la negligencia inducida o deliberada, la sistematicidad con que se produce esa conducta negligente y el manto de impunidad que se tiende sobre ella nos dicen mucho más sobre las intenciones del Gobierno Israelí que cualquier alegato de inocencia que este pretenda esgrimir en su favor: la represión e intimidación de la población civil palestina es un proceso sistemático y deliberado y tiene como propósito minar su voluntad de resistir la ocupación.

Una prueba adicional de que esas acciones son parte de una estrategia coherente y no un cúmulo de sucesos fortuitos y que tienen un propósito político que no es la mera preservación de la seguridad de Israel, es su conjunción con el cerco económico y militar que el ejército israelí ha tendido sobre todas las zonas de los territorios ocupados pobladas por palestinos (práctica que llevó al embajador británico en Israel a afirmar que los territorios ocupados constituían la prisión más grande del mundo).

206 Se trata de círculos concéntricos que se cierran férreamente sobre la vida económica y social de los palestinos hasta hacerla intolerable. De una parte, el control de todos los pasos fronterizos, de modo tal que muchos trabajadores palestinos no pueden acceder a sus trabajos dentro de Israel y los exportadores palestinos no pueden vender sus productos al exterior. Cuando ocasionalmente se les permite exportar, el Gobierno Israelí retiene los impuestos que esta actividad genera y que constituyen una de las principales fuentes de ingresos de la Autoridad Nacional Palestina. El segundo círculo es el que se tiende sobre todas y cada una de las ciudades y poblados palestinos de los territorios ocupados, impidiendo el desplazamiento entre ellos. Como consecuencia de eso, los agricultores no pueden trasladarse a sus campos de cultivos (puesto que estos se encuentran usualmente fuera de la zona cercada), con lo cual pierden sus cosechas. Las personas que no laboran en su lugar de residencia no pueden desplazarse hacia sus centros de trabajo y los enfermos que requieren tratamiento especializado en hospitales de ciudades colindantes no pueden acceder a ellos (como ha podido corroborar la Cruz Roja Internacional). Finalmente, llegamos al último círculo: las autoridades de ocupación israelí suelen imponer toques de queda que se prolongan por meses y durante los cuales la población civil solo puede acceder a las calles durante períodos de entre dos y cuatro horas una vez por semana. En ese lapso deben conseguir provisio-

⁴⁵ *Ibid.*, p. 8.

nes, atender a sus heridos y enterrar a sus muertos. Pero obviamente es poco probable que alguien tenga la posibilidad de adquirir provisiones cuando no se le ha permitido trabajar durante toda la semana. Allí donde no llega la ayuda humanitaria, la gente simplemente se muere de hambre:

Un 20% de los niños palestinos menores de cinco años padece de desnutrición, según un informe dado a conocer ayer (5 de agosto del 2002) por la Agencia Internacional para el Desarrollo del Gobierno de los Estados Unidos (USAID) y la agencia humanitaria Care Internacional. [...] El reporte de USAID encontró que la escasez de alimentos producida por el bloqueo israelí era una de las principales causas de la desnutrición.⁴⁶

Si tenemos en consideración que un informe similar de la AID de hace dos años, es decir, «antes de que se iniciaran los actuales enfrentamientos», indicaba que la desnutrición infantil alcanzaba entonces el 7%,⁴⁷ la conclusión obvia es que las acciones del ejército israelí son la principal causa de que la desnutrición entre los niños palestinos se haya incrementado en alrededor de un 200%. En el mismo sentido:

El Banco Mundial ha estimado que en los pasados 18 meses la proporción de la población de Gaza y Cisjordania que vive en la pobreza, es decir, con menos de 2 dólares al día, se ha incrementado hasta alcanzar al 50% de la población, cuando antes del bloqueo israelí representaba el 20%. La desnutrición también se ha incrementado, como revela el incremento en un 10,4% en los casos de niños con bajo peso al nacer y el incremento de 52% en los casos de nacidos muertos.⁴⁸

Según consta en el informe de la AID, el ejército israelí justifica el cerco sobre las ciudades alegando que es la única forma de evitar los ataques de militantes palestinos. De ser ese el caso, el hecho de que esos ataques hayan continuado sin interrupción durante la vigencia del cerco nos da un indicio de su inoperancia como instrumento de disuasión. Cabría preguntarse entonces por qué se mantiene en forma indefinida una política que no ha cumplido su propósito declarado, más aun cuando se trata de una política que carece de todo sustento legal o moral. En esas circunstancias no se requiere de mayor suspicacia para concluir que, en conjunción con otras acciones cotidianas contra civiles palestinos, el cerco militar persigue fines políticos que tienen poco que ver con la seguridad de Israel. Más específicamente, sea que lo definamos como «vio-

⁴⁶ HUGGLER, Justina. «Palestinians Face Disaster, warns US government group». *The Independent* 6 de agosto del 2002, <http://news.independent.co.uk/world/middleeast/story.jsp?story=321938>

⁴⁷ Associated Press, 26 de julio de 2002.

⁴⁸ FAO Global Information in Early Warning System of Food and Agriculture, Special Alert n.º 321, 15 de abril del 2002.

lencia premeditada y políticamente motivada perpetrada contra inocentes» o como «el asesinato deliberado de gente inocente, al azar, con el fin de propagar el miedo entre toda una población y de forzar la mano de sus líderes políticos», las acciones contempladas en la estrategia política de sucesivos gobiernos israelíes pueden ser calificadas como terrorismo de Estado.

4. Reflexiones finales

De un tiempo a esta parte la legión de *expertos en fundamentalismo islámico* parece haberse multiplicado hasta alcanzar las proporciones de una plaga bíblica. Individuos que por lo regular no podrían distinguir entre un árabe, un musulmán y un chimpancé pontifican, con iniciativa digna de mejor causa, sobre la gravedad de la amenaza que representa ese flagelo de la humanidad.

Dentro de esa lógica, pareciera que entender la conducta política de pueblos como el palestino fuese tarea de antropólogos o psicólogos antes que de politólogos, puesto que ellos no son como nosotros: sus atavismos seculares serían consecuencia de la naturaleza de sus creencias religiosas, pobladas de invocaciones al martirio en nombre de una verdad irredenta en un mundo plagado de infieles. Como si los musulmanes perteneciesen a una especie alienígena, cuyas intrincadas motivaciones solo pudieran hacerse inteligibles a través de la interpretación autorizada de presuntos expertos.

208

Curiosamente, sin embargo, los palestinos no plantean ninguna reivindicación como nación que no esté amparada por alguna norma del Derecho Internacional, desde las resoluciones de las Naciones Unidas hasta las Convenciones de Ginebra, pasando por el Derecho Internacional humanitario. Israel, por su parte, no se considera a sí mismo el Estado de sus ciudadanos, sino el Estado del pueblo judío, pese a que la mayoría de los judíos en el mundo no son ciudadanos de Israel y a que uno de cada cinco ciudadanos israelíes no profesa la religión judía. Se trata por lo demás de una reivindicación histórica que, en versión de connotados ministros del Gobierno Israelí, suele remitirse a una presunta promesa divina. Cabría preguntarse pues cuál de esos nacionalismos en pugna es más afín a la modernidad y cuál es más proclive a sumirnos en devaneos propios del oscurantismo medieval.

El punto aquí es el siguiente: las motivaciones políticas de la mayoría de los árabes, así como las de la mayoría de los musulmanes (que, por cierto, no son lo mismo), no son particularmente complicadas o esotéricas. Son, más bien, claramente inteligibles para cualquier persona que comparta los valores humanistas de los que se precia la cultura occidental. No es cierto por ejemplo que su religión sea intrínsecamente incompatible con la democracia representativa, pues, de hecho, la mitad de los musulmanes en el

mundo vive en regímenes plenamente o bastante democráticos⁴⁹ y, una reciente encuesta internacional lo confirma: consultados individuos pertenecientes a distintas confesiones religiosas sobre el valor que asignarían en una escala del 1 al 100 a la oración «Apruebo los ideales democráticos», los musulmanes consultados le asignaron un valor superior al que le concedían tanto los encuestados identificados como cristianos occidentales como los encuestados que profesan otras religiones.⁵⁰

Otra encuesta reciente indica que, cuando a los ciudadanos de países árabes se les pregunta si tienen una actitud favorable a la concepción norteamericana de la libertad y la democracia, una mayoría absoluta responde que sí. Sin embargo, cuando a los integrantes de la misma muestra se les pregunta si tienen una actitud favorable a la política exterior de los Estados Unidos, menos de un 10% responde afirmativamente.⁵¹

Los pueblos árabes no se oponen en una amplia mayoría a la política norteamericana hacia Irak porque apoyen la cruenta dictadura de Saddam Hussein. Lo hacen por que creen que los Estados Unidos tienen su propia agenda, la cual tiene poco que ver con la aplicación de normas del Derecho Internacional. Para sustentar esa opinión, los árabes suelen aludir a una serie de paradojas que hasta un niño, independientemente de su cultura, podría percibir. Por ejemplo, el gobierno de los Estados Unidos alega estar dispuesto a invadir Irak para obligar a ese país a cumplir en forma incondicional 16 resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (yendo más allá que el propio Consejo de Seguridad en la aplicación de sus normas). Si la Administración Bush se tomara la molestia de recopilar todas las resoluciones de diversas instancias de Naciones Unidas incumplidas por Israel, esa compilación tendría más tomos que la Enciclopedia Británica. Sin embargo, Israel no solo no se ha visto sometido jamás a sanción alguna por parte de Naciones Unidas, sino que cuenta con un respaldo virtualmente incondicional de los Estados Unidos. Los palestinos, por ejemplo, no pueden dejar de recordar que parte de los fondos empleados en la construcción de colonias judías sobre las tierras que les fueron confiscadas provienen del generoso aporte de los contribuyentes estadounidenses (cada ciudadano israelí recibe alrededor de 500 dólares anuales en ayuda de los Estados Unidos, lo cual suma un total superior al que reciben en forma conjunta América Latina y el África subsahariana, pese a tratarse de un país con un ingreso per cápita similar al de varias naciones de Europa Occidental).

⁴⁹ STEPAN, Alfred. *Arguing Comparative Politics*. Stanford University Press, 2001. El carácter democrático o no de un régimen es evaluado en función de los índices que sobre la materia elabora la ONG norteamericana Freedom House.

⁵⁰ «Muslim Opinion Polls». *The Economist* 19 a 25 de octubre de 2002, n.º 8295, vol. 365, p. 43. Bajo ese título la revista *The Economist* compila el resultado de encuestas realizadas por las siguientes empresas: Zogby Internacional, National Society of Public Opinion Studies, Gallup, World Values Survey, y NFO Middle East.

⁵¹ *Ibid.*

También es difícil que los palestinos olviden que los aviones F16 y los helicópteros Apache desde los que se les dispara, y en ocasiones incluso los proyectiles que son disparados contra ellos, son un obsequio de los Estados Unidos, entregado a Israel para que este se proteja de ataques externos, pero que, a falta de ejércitos invasores, este último emplea en zonas urbanas densamente pobladas.